

ABRIR LAS ESCRITURAS.

CLAVES PARA EL USO PASTORAL DE LA BIBLIA

Ianire Angulo Ordorika

Sumario: Tras el impulso que recibió a partir del Concilio Vaticano II, la Biblia se ha convertido en una presencia imprescindible en cualquier actividad evangelizadora. Con todo, la formación de los agentes de pastoral no siempre les capacita para situarse con comodidad ante un texto bíblico. Esta dificultad no se soluciona solo a través de conocimientos teóricos. La evangelización no es una mera transmisión de contenidos intelectuales, por eso el uso que en ella se hace de la Escritura requiere una conexión con la propia experiencia personal. Desde esta perspectiva, el artículo pretende ofrecer algunas claves que ayuden a enfrentarse de forma adecuada al uso de la Escritura en un contexto pastoral.

Summary: After the stimulus given by the Second Vatican Council, the Bible has become an essential feature of any evangelizing activity. However, the formation of pastoral agents does not always enable them to situate themselves comfortably in front of a biblical text. This difficulty is not resolved only through theoretical knowledge. Because evangelization is not a mere transmission of intellectual content, using the Scriptures requires personal implication and a connection with experience. From this perspective, this paper attempts to provide some clues that help to adequately address the use of the Bible in a pastoral context.

Palabras clave: Biblia, Pastoral, Evangelización, Interpretación bíblica.

Key words: Bible, Pastoral, Evangelization, Biblical Interpretation.

Fecha de recepción: 26 de abril de 2020

Fecha de aceptación y versión final: 31 de mayo de 2020

El Concilio Vaticano II no solo supuso un impulso inestimable al estudio bíblico, sino también al comienzo de cierta familiaridad de los creyentes con la Escritura. En la Constitución dogmática *Dei Verbum* se exhortaba a conocerla, leerla y acercarla a todos los cristianos (DV 25-26). Quizá en este momento nos llame poco la atención tal iniciativa conciliar, pero resulta muy llamativa si la enmarcamos en el contexto de la década de los sesenta del siglo pasado. Se trata de una decisión aún más provocadora si, además, imaginamos cómo tuvo que resonar en España, donde la lectura de la Biblia resultaba ser algo raro e incluso sospechoso¹.

¹ Para una visión panorámica de cómo se desarrolló la lectura de la Escritura en nuestra nación, J.M. SÁNCHEZ CARO, "La Biblia en España", en VVAA, *La Biblia en su entorno* (IEB 1), Verbo Divino, Estella 1992, 553-574; ID., *La aventura de leer la Biblia en España*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2000; A. RODRÍGUEZ CARMONA, "La Biblia en España (1950-2000). Reflexiones de un testigo", en F. CONTRERAS MOLINA (ed.), *La Biblia en España. Homenaje a Antonio Rodríguez Carmona*, Verbo Divino, Estella 2006, 19-57.

Lejos quedó ese momento de nuestra historia reciente en el que el acceso directo a la Biblia por parte de cualquier cristiano era extraño, a no ser que se tratara de clérigos. De hecho, el estímulo conciliar y su cálida acogida entre el pueblo de Dios han hecho que la Biblia tenga un renovado papel en las actividades evangelizadoras y en la vida de la Iglesia. A día de hoy, lo más habitual es remitir a un pasaje bíblico en cualquier iniciativa pastoral.

El papel renovado que ha adquirido la Biblia en las actividades evangelizadoras es muy de agradecer. Con todo, los agentes de pastoral no siempre se sienten cómodos a la hora de enfrentarse a estos textos. Este proceso de democratización de la Biblia no siempre ha ido acompañado de una necesaria formación que ofrezca conocimientos y herramientas necesarias para manejarse con cierta soltura entre los pasajes bíblicos. Vaya por delante nuestra más profunda valoración y admiración de todos aquellos agentes de pastoral que, con muy buena intención y grandes deseos de aportar lo mejor de ellos mismos, están a pie de calle en la misión evangelizadora. La pretensión de estas páginas es colaborar con todos ellos que, sin ser especialistas, se enfrentan a la Escritura en esta misión. Nuestro modo de agradecer la implicación y el compromiso de tantos es ofrecer algunas pautas que puedan ayudar en ese uso pastoral de la Biblia.

1. “Traducir” para que “se abran” las Escrituras

Si tuviéramos que elegir uno de los pasajes evangélicos más catequéticos, este podría ser, sin lugar a dudas, el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35)². El evangelista ofrece una catequesis eucarística en la que resulta sencillo reconocer los distintos momentos de las celebraciones comunitarias. El Resucitado se hace el encontradizo en el camino de dos discípulos decepcionados, escucha y acoge sus expectativas frustradas por la pasión y muerte del Galileo, para explicarles después cómo todo lo que han vivido encuentra su eco en la Escritura. El encuentro culmina en la mesa compartida, cuando caen en la cuenta de que es el Señor quien les parte el pan. La experiencia les impulsa a regresar a la comunidad y atestiguar que ellos también han visto al Resucitado.

Los elementos de la celebración eucarística se ubican con facilidad en el relato lucano, pero quisiera detenerme de modo especial en cómo el evangelista presenta lo que hoy para nosotros correspondería con la liturgia de la Palabra:

«Él les dijo: “¡Oh insensatos (ἀνόητος) y lentos de corazón (βραδεὶς τῆ καρδίᾳ) para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les tradujo (διερμήνευσεν) lo que había sobre él en todas las Escrituras» (Lc 24,25-27)

² Para un acercamiento a este pasaje, J.A. FITZMYER, *El Evangelio según Lucas IV. Traducción y comentario. Capítulos 18,15–24,53*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2005, 570-599; F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas. Lc 19,28–24,53* (BEB 132), Ediciones Sígueme, Salamanca 2010, 619-652.

De entre los setenta y tres libros de la Biblia, el número de pasajes con los que los agentes de pastoral se suelen sentir más cómodos quedan reducidos al número de dedos de una mano, o de las dos si somos generosos. El texto del hijo pródigo, el buen samaritano o los evangelios de la infancia son algunos de los relatos que, debido a su uso frecuente, se convierten en terreno conocido para la mayoría de quienes llevan adelante la acción pastoral de nuestras comunidades. Por eso creo que más de uno se puede sentir un poco *insensato* y *lento de corazón* cuando se ve abocado a explicar otro relato bíblico diferente a aquellos que configuran su zona de confort. Esta identificación resulta aún más evidente si nos asomamos a los términos griegos que emplea el evangelista.

El adjetivo que se traduce como *insensato* (ἀνόητος) sirve para calificar a alguien que no tiene algo en la mente³. Así, lo que se les reprocha a los discípulos en primer lugar es la incapacidad mental para acoger la fe. Pero la dificultad no es solo intelectual, sino también se afirma que son *lentos de corazón* (βραδεὶς τῆ καρδίᾳ). En la mentalidad bíblica el corazón es el centro de la persona, la sede de su libertad, de su voluntad y el órgano con el que se *escucha* la Palabra de Dios (cf. 1Re 3,9). Esto explica que el primer mandamiento de Israel sea *escuchar* y amar a YHWH *con todo el corazón* (Dt 6,4-5). Ser *lento de corazón* remite a los obstáculos existenciales que entorpecen la confianza de estos dos personajes. Se trata de esa dificultad para fiarse de que lo sucedido con el Nazareno en Jerusalén no contradice lo que habían experimentado cuando le seguían por los caminos de Galilea.

Este escaqueo por el griego no es un mero comentario técnico, pues nos permite situarnos mucho más cerca de los discípulos que regresaban decepcionados a casa después de sus aventuras tras el Galileo. Ante la Escritura no es difícil que también nos sintamos sin herramientas intelectuales y, sobre todo, con una gran dificultad para conectar existencialmente con Ella. De ahí que se haga un mundo cuando en la actividad pastoral toca comentar un pasaje o elegir un texto desde el que trabajar.

Podemos caer en la falsa ilusión de que esta sensación de impotencia y torpeza se soluciona recibiendo un curso teórico que nos permita conocer más y mejor los libros de la Biblia. Conocerla es muy importante, sin duda, y lo habitual es carecer de una formación solvente que habría que remediar. Pero, a pesar de todo esto, esta medida solo sale al paso del primero de los reproches del Resucitado. Atañería a la condición de *insensatos*, pero no a la de *lentos de corazón*.

Como biblista por formación y vocación, consideramos que toda instrucción seria y sólida en torno a la Escritura resulta conveniente e ineludible. Pero, a pesar de esta convicción, también entendemos que es aún más urgente atajar el segundo de los reproches del Nazareno y capacitarnos para acoger existencialmente la Palabra. Como sucede ante las cuestiones más importantes de nuestra vida, las herramientas intelectuales solo serán útiles cuando permitan iluminar la propia historia y se acompasen con otras habilidades sapienciales más cotidianas. Para que un aprendizaje sea efectivo requiere cierta capacidad para conectar con el mundo emocional. Además, la evangelización es mucho más que una simple transmisión de contenidos, por eso el uso de la Biblia en la pastoral debería responder a la misma dinámica vital que le caracteriza.

³ Sobre estos términos, F. BOVON, *o.c.*, 639.

Aunque capacite para “acelerar” nuestro lento corazón, utilizando los términos de Lucas, en estas páginas vamos a dejar a un lado el necesario aprendizaje objetivo de la Biblia que nos convierte en menos *insensatos*, para centrarnos en un conocer existencial que también van a experimentar los protagonistas del relato lucano y que se arraiga en dos verbos que el evangelista va a emplear de forma poco habitual.

1.1 Una cuestión de verbos

La disposición de aquellos discípulos que regresan a sus hogares desde Jerusalén va a variar en el relato lucano. Si al comienzo son calificados como *insensatos y lentos de corazón* por ese misterioso desconocido que camina con ellos, algo cambia cuando comparten mesa con él y se ven urgidos a volver al mismo sitio de dónde venían.

«Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos» (Lc 24,33)

La transformación que Lucas imprime en sus personajes, esa que les va a hacer regresar con rapidez a la comunidad de Jerusalén, tiene que ver tanto con un peculiar modo en que el Maestro les hace llegar la Escritura como con la forma en que van a entender sus palabras y el efecto que provocarán en ellos. Para expresar ambas acciones Lucas recurre a dos verbos griegos que llaman poderosamente la atención: *traducir* (διερμενεύω) y *abrir* (διανοίγω).

Por una parte, se dice que Jesús, “empezando por Moisés y siguiendo por los profetas”, lo que hace es *traducirles* las Escrituras (Lc 24,27: διερμενεύω). Es tan curioso el uso de este término, que significa *traducir o interpretar*, que la mayoría de las versiones castellanas prefieren indicar que lo que hizo el Resucitado fue *explicarles* lo referente a Él en los textos sagrados. Con esta opción se simplifica el pasaje en nuestra lengua, siendo, a la vez, fiel a la idea del texto original. Con todo, al menos desde mi punto de vista, resulta mucho más expresivo hablar de *traducir* y mucho más coherente con la experiencia habitual de la mayoría de los cristianos de a pie, a los que muchos textos bíblicos les suenan un poco a chino.

Pero este *traducir* del Resucitado hay que entenderlo desde los parámetros judíos del cambio de era y no desde los nuestros. Para nosotros, una buena traducción no es aquella de la aplicación de Google, que pasa las frases palabra por palabra de una lengua a otra. Un hábil traductor es, más bien, el que muestra la capacidad de expresar en la riqueza de otro idioma la misma idea que se encierra en el original, lo que supone un virtuoso dominio de ambos. En cambio, la tradición semita llama *traducción* a una práctica muy distinta a esta y que ya se realizaba en las sinagogas palestinas en la época de Jesús.

En tiempos del Galileo se hablaba el arameo, por lo que el hebreo bíblico se había quedado relegado a las personas formadas y cultas. La mayoría de los creyentes no entendían esta lengua que, por otro lado, se seguía empleando en el culto religioso. Este es el motivo por el que surgieron los *Targumim*, que eran “traducciones” al arameo

de los textos sagrados⁴. Estos se leían inmediatamente después de la proclamación de la Palabra en hebreo. En este sentido, no eran *traducciones* tal y como nosotros las comprendemos. No buscaban sustituir los pasajes originales, pues estos se seguían escuchando en la liturgia sinagoga aunque el grueso de los asistentes no lo comprendieran. Los *Targumim* pretendían, más bien, actualizar, explicar y adaptar su mensaje a la situación que vivía la asamblea reunida.

Los dos de Emaús tienen muchas dificultades para descubrir el sentido de cuanto han vivido en Jerusalén. Jesús solo puede sortear estas trabas cuando hace una labor de *traducción*. Pero lo hace en este sentido judío, es decir, actualizando, explicando y adaptando su contenido a la situación vital de ambos discípulos. Lucas no ofrece más detalles sobre cómo el Resucitado realiza esta tarea, pero sí se menciona el efecto que esta produce en sus interlocutores y cómo ellos interpretan esa acción:

«Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos abría (διανοίγω) las Escrituras?”» (Lc 24,30-32)

Cuando rememoran la sensación que produjo en ellos las palabras del misterioso peregrino que les acompañaba afirman que su *lento corazón* les *ardía* (Lc 24,32). Este es el efecto que provoca la acción del Resucitado y que también ahora se expresa de un modo inusual. La *traducción* de Jesús es percibida por los discípulos como un *abrirse* las Escrituras (διανοίγω). Es la única ocasión en la Biblia en la que se afirma que Esta *se abre*. El imaginario que late tras esta expresión es que la Escritura, que permanecía cerrada, oculta e impenetrable, se convierte en accesible gracias a que ha sido *traducida*.

Según el relato lucano, *traducir* y *abrir* las Escrituras son las dos caras de un mismo movimiento. De este modo, Jesús fuerza y vence la incapacidad existencial para acoger la Palabra que estaba implícita al definirles como *lentos de corazón*. El centro personal del *corazón*, que andaba rezagado en aceptar lo vivido, empieza entonces a *arder*. Esta es la dinámica a la que se nos invita en la liturgia y en la tarea pastoral: capacitar nuestros *lentos corazones* para que empiecen a *arder*. Pero antes de sumergirnos en esta transformación, necesitamos cambiar nuestra perspectiva.

1.2 Un cambio de perspectiva

Ya resulta clásico el dicho de que antes de morir hay que plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo. Aunque para esto último una servidora no va por buen camino, esta tríada refleja, en realidad, la percepción de que algo de las personas permanece inmortal en esas tres realidades que nos sobreviven. Como dignos

⁴ Para una mirada panorámica a cómo los *Targumim* interpretan el texto veterotestamentario, J. TREBOLLE BARRERA, *La Biblia judía y la Biblia cristiana. Introducción a la historia de la Biblia*, Trotta, Madrid 1993, 467-472

hijos de Gutenberg que todos nosotros somos, compartimos la mentalidad de que la lengua impresa permanece inalterable a lo largo del tiempo, mientras consideramos las palabras que no se escriben como frágiles víctimas de la provisionalidad. Esta cultura de lo escrito determina nuestro enfoque al acercarnos a un texto, especialmente a uno bíblico.

Una escena de la adaptación cinematográfica de la novela de Markus Zusak, “La ladrona de libros”, ilustra esta visión⁵. En un momento determinado Liesel, la niña protagonista que vive apasionada por la lectura y las palabras, accede a la demanda de Max, el judío que su familia adoptiva esconde en el sótano, y le describe el día que él no puede contemplar. La maestría en el uso de los términos permite que, quien estaba recluso sin poder ver el sol, termine exclamando: “¡gracias, ya lo he visto!”. También nosotros estamos acostumbrados a que las palabras generen experiencias y, con frecuencia, si aquello que leemos no nos “provoca” algo, no nos resulta suficientemente atractivo. Algo así nos sucede con la liturgia de la Palabra. Muchos de sus pasajes no nos suscitan ninguna sensación y buscamos escharbar intelectualmente en ellos en busca de una idea, una moraleja o una conclusión que nos pueda resultar significativa.

En cambio, si queremos asomarnos a la Escritura, tendremos que cambiar esta perspectiva para acercarnos a una mentalidad marcada por la cultura oral. La vivencia que se tiene del texto escrito en la Biblia se parece más a una escena de la película de Roberto Benigni: “El tigre y la nieve”⁶.

El protagonista, interpretado por el mismo director, es poeta y profesor de poesía en la universidad. Ante la pregunta de sus hijas por la razón que le llevó a convertirse en poeta, él remite a una vivencia que le impresionó en su infancia. Un pájaro se posó en su hombro durante unos minutos, pero no supo comunicar a su madre lo que había experimentado. La impotencia que le supuso desear compartir lo vivido y su incapacidad para expresarlo determinó su vocación poética. Transmitir la emoción vivida se convierte en el motor de la poesía. Del mismo modo, los relatos bíblicos no buscan provocar una experiencia por ellos mismos, sino narrar una vivencia creyente que resulta anterior a su narración. Las palabras, primero de modo oral y luego por escrito, son solo el canal necesario para compartir algo fundamental que requiere ser contado.

Por eso, asomarnos a la Escritura exige como paso previo cambiar nuestro punto de partida. Se trata de aprender a mirar con los ojos de un pueblo para el que escribir no es una acción simplemente estética. Al revés, Israel siente la urgencia de narrar para vivir, pues percibe como exigencia vital la necesidad de poner palabra a una vivencia que le desborda y que tiene que ser contada, porque en ella se juega su identidad fundamental. Entre las líneas de la Biblia no se narran dogmas abstractos, verdades de fe o teorías religiosas, sino experiencias creyentes que rezuman vida y que permanecen muy pegadas a lo cotidiano. La dificultad estriba en que estas han de ser descubiertas y sacadas a la luz, pues con frecuencia se esconden bajo los ropajes de formas de expresión, cultural y cronológicamente lejanas, que no siempre resultan sencillas ni evidentes para nosotros.

⁵ Si la novela se publicó en el 2005, su adaptación cinematográfica fue dirigida por Brian Percival en el 2013.

⁶ Fue estrenada en el 2005. Aunque comparte título con una novela de Fernando Butazzoni publicada en 1986, película y obra literaria solo comparten el título.

Eso sí, cuando alguien nos *traduce* sus palabras y la Escritura se nos *abre* podremos reconocernos descritos en Ella. Es entonces cuando alcanzamos la experiencia humana y creyente que se agazapa en cada pasaje y descubrimos que conecta esencialmente con la nuestra. Así podremos darnos cuenta de que esas historias de apariencia lejana son también la nuestra, porque Dios actúa en nuestras existencias como lo hizo con tantos otros creyentes que nos precedieron. Será en ese momento cuando podamos celebrar con el mismo corazón ardiente que tenían los dos de Emaús y compartir con los demás, tal y como ellos hicieron.

Más de uno estará pensando al leer estas líneas que todo esto suena muy bonito, pero ¿cómo facilitar este reconocernos reflejados en unos textos tan antiguos? De esto nos ocuparemos a continuación.

2. Cuando las Escrituras “se abren”

Recapitulando lo dicho hasta ahora, el texto de Emaús nos ha sugerido que vivir nuestra tarea pastoral con la Palabra, sea en la celebración o fuera de ella, tiene que ver con *traducir* la Escritura para que Esta se *abra* y se convierta en significativa para sus oyentes. El corazón que permanecía *lento* comienza a *arder* en la medida en que se produce una conexión entre aquello que se ha saboreado por propia experiencia y las vivencias creyentes que laten bajo las palabras del texto bíblico. Para ello, la condición primera no es solo cambiar la perspectiva con respecto a la función que ostenta la narración como vehículo para hacer llegar una vivencia, sino también ser capaz de poner palabra, de verbalizar aquello que nos bulle por dentro.

Todos los que están comprometidos con la tarea evangelizadora asumen el reto de propiciar que a otros también se les *abran* las Escrituras como a los dos de Emaús. Lo normal es que, con lo que hemos venido diciendo hasta ahora, cualquier agente de pastoral se sintiera desbordado ante tal tarea. No sé si es un alivio o no, pero es importante caer en la cuenta de que esta labor supera con mucho nuestras capacidades. Nadie va a conseguir esta meta... no, al menos, por nosotros mismos. Como muestra el relato lucano que nos sirve de marco, solo Jesús es el que *traduce* y aviva las ascuas de los corazones.

El Apocalipsis, con su lenguaje plagado de símbolos, expresa esta misma certeza:

«Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: “¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?” Pero nadie era capaz, ni en el cielo ni en la tierra ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los Ancianos me dice: “No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos”» (Ap 5,1-5)

Por más que invirtamos las mejores fuerzas y todo nuestro empeño, el Resucitado es el único capaz de desvelar el sentido de la Escritura, de la historia y de nuestras propias vidas. En cristiano, nuestra labor pastoral es solo una torpe mediación que el

Señor insiste en emplear. Sin que reste un ápice a nuestro deseo responsable de poner en juego cuanto está en nuestra mano, no se nos puede olvidar que solo Él es “digno de tomar el libro y abrir sus sellos” (Ap 5,9), porque solo Él puede transformar la letra muerta en letra viva.

2.1 De letra muerta a letra viva

Si hay una característica divina que la Biblia tiene muy clara es que YHWH habla. Esta condición de parlante se hace evidente desde las primeras páginas de la Escritura, cuando en el primer relato de la creación la realidad se organiza en función de sus palabras (cf. Gn 1,1-30). La repetitiva secuencia de “dijo Dios” que jalona ese pasaje muestra la convicción creyente de que el Señor de Israel no solo se expresa, sino que realiza aquello que dice. Esta capacidad de comunicación es la que le diferencia de forma radical con los ídolos, porque estos “tienen boca y no hablan” (Sal 115,5; 135,16).

Ese Dios empeñado en revelarse a lo largo de la historia de Israel se dice de modo definitivo en el Hijo encarnado, por eso el cuarto evangelio comienza hablando de Jesús como *Logos* que toma carne (Jn 1,1-14). El cristianismo no es una “religión de libro” como el Islam, porque la Palabra de Dios definitiva es la misma persona de Jesucristo. De aquí se derivan algunas consecuencias. La primera es que la Escritura adquiere sentido desde las palabras y los gestos del Resucitado. Él es la lente que nos permite leer la Biblia y descubrir un significado que, a veces, desborda sus líneas. Es lo que harán los primeros cristianos con los textos del Antiguo Testamento al redescubrirlos como referidos al Maestro y percibiendo que en Él llegan a su más pleno cumplimiento.

En segundo lugar, este movimiento de encarnación es tan característico de Dios que también la Biblia lo asume. En Ella la Palabra divina adquiere corporalidad en palabras muy humanas, con el lenguaje, los conocimientos, la perspectiva y los géneros literarios de unas personas pertenecientes a un mundo cultural y a un tiempo muy alejado del nuestro. Del mismo modo que para los coetáneos de Jesús no resultaba fácil reconocer al Hijo en el Galileo, también nos cuesta alcanzar la Palabra entre las palabras.

Una tercera consecuencia es que ya no podemos revertir la dinámica de encarnación. No resulta lícito pretender convertir en texto fosilizado e inmóvil ese decir divino que se recoge en la Biblia y que se hace “uno de tantos” en Jesús (Flp 2,7). El Resucitado es quien, a su vez, “resucita” la que podría ser para nosotros *letra muerta*, de modo que podemos sentir lo que afirma Hebreos:

«Pues, viva es la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura invisible para ella; todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta» (Heb 4,12-13).

Jesucristo es el que provoca que la Palabra nos siga escociendo y resultando incómoda. Él nos rescata de la permanente tentación de domesticarla para evitar que

nos saque de nuestra zona de confort y nos lance hacia lo incierto. Ninguno de los aquí presentes está vacunado contra este inconfesable deseo de que la Escritura nos mantenga en la comodidad de lo controlado, de lo sabido y de lo que no rompe en exceso nuestros esquemas. Pero, si no nos disponemos a quedar infectados por esta dinámica, necrosaremos los textos bíblicos con nuestra actitud e impediremos que toquen nuestro corazón y nos recreen por dentro.

2.2 Cuando la Palabra “nos dice” ...

Hemos hablado mucho de la importancia de conectar con la experiencia creyente que se oculta tras los textos bíblicos, pero esta vinculación no es fruto de nuestra decisión o de nuestra voluntad. Solo el Vivo puede convertir la Palabra en viva, de modo que solo el Resucitado puede hacer que la Escritura esquite nuestras armaduras inconscientes, nos recree y “nos diga” por dentro. Es algo similar a lo que sucede con la protagonista del largometraje de Woody Allen “La rosa púrpura de El Cairo”⁷. Mia Farrow da vida a una camarera apasionada por una película que va a ver incansablemente. En una de estas sesiones de cine el actor principal atraviesa la pantalla para dirigirse a una sorprendida espectadora a la que anima a fugarse con él.

Algo parecido a esta escena es lo que nos puede suceder a nosotros si dejamos que Jesús nos *abra* la Escritura. Como le pasaba a la protagonista de la película, los textos que hemos leído mil veces adquieren vida propia, nos interpelan de forma directa y nos lanzan una invitación a implicarnos existencialmente en su trama. Aunque solo el Resucitado sea Quien nos introduce en la Palabra, es nuestra disposición la que posibilita dejar de ser espectadores para convertirnos en personajes activos que entran en relación con los relatos bíblicos.

Insistir, como estoy haciendo, en que es la acción del Resucitado la que permite que la Escritura “nos diga” por dentro puede llevarnos a una errónea pasividad. No hay nada más comprometido y activo que “dejar hacer” a Otro y quitar obstáculos a su paso. La irresistible atracción que Mia Farrow sentía por la película que visionaba una y otra vez será lo que impulse al galán a salir de la pantalla. Esa disposición y apertura es la que somos invitados a promover en nosotros y en quienes servimos en la misión pastoral, lo que no es una tarea fácil ni anodina.

Por experiencia personal os puedo compartir que no es nada sencillo provocar una fascinación ante la Biblia semejante a la que muestra la protagonista de la película de Woody Allen. Esta atracción solo se produce por contagio, cuando nosotros mismos hemos sido seducidos por la Escritura. Y es que solo la pasión puede despertar en otros esa misma pasión de forma natural.

⁷ Esta película, escrita y dirigida por Woody Allen, se estrenó en 1985.

2.3 ... ¡y arde el corazón!

En el tráiler de la película “La librería”, de Isabel Coixet⁸, la protagonista declara con contundencia: “Cuando leemos una historia, la habitamos”. Pero esta afirmación es, sin duda, una generalización demasiado rotunda. Implicarnos y entrar en un relato no es algo que se produce de modo tan espontáneo. En el caso que nos ocupa, la conexión existencial con la Palabra se produce por una confluencia entre nuestra disposición vital y la acción del Resucitado que, convirtiendo la Escritura en algo vivo, nos la *abre*. Como les sucedió a los dos de Emaús, es en este cruce de caminos entre su acción y nuestra activa pasividad cuando el corazón, *lento* de por sí, comienza a *arder*.

Si atendemos a nuestras celebraciones o a las actividades pastorales que preparamos, estas serán significativas cuando los corazones de quienes participamos entren en combustión. Y, si bien es cierto que el fuego lo pone Otro con mayúscula, somos nosotros los que disponemos del “material inflamable”. La labor de preparar esta hoguera no se lleva adelante, ni en nuestras vidas ni en las de aquellos hacia los que dirigimos nuestros esfuerzos evangelizadores, procurando “saber” historias de la Biblia. Las letras de cantantes como Ismael Serrano o Joaquín Sabina están atravesadas por referencias bíblicas sin que este conocimiento les haga creyentes y mucho menos “celebrantes”. Nos disponemos a la lumbre en la medida en que ponemos en diálogo nuestras vivencias y aquellas que laten en la Escritura.

A veces tenemos ciertos reparos cuando aquellos hacia los que dirigimos nuestros esfuerzos pastorales son niños. A la hora de abordar un texto bíblico con ellos es recurrente que nos brote la pegas porque pensemos que “no lo van a entender”. A estas alturas, espero que ya se pueda reconocer la trampa de este argumento, pues no se trata de “entender” un concepto o captar un mensaje, sino de percibir una vivencia.

En contra de muchas ideas previas que a veces albergamos los adultos, los niños almacenan en su corta vida muchas de las experiencias fundamentales de las que está transida la Biblia. Miedo, gozo, dudas, incertidumbre, búsquedas, dolor... han sido sentidos por los más pequeños aunque sea en germen. Pero este carácter germinal no le quita ni hondura ni validez a tal bagaje experiencial. Quién ha vivido algo así en diminutivo puede hacerse una idea de lo que supone hacerlo “en mayúscula”, cuando las vivencias son mayores. No cometamos el error de proyectar sobre los más pequeños nuestra propia dificultad para pasar del plano intelectual al existencial, de lo pensado a lo sentido. De hecho, es fácil que ellos tengan más facilidad para esta transición que quienes tenemos más edad.

3. A modo de conclusión: “Effatá” (Mc 7,34)

Al inicio de este artículo hemos comentado que solo en el texto de Lucas se recurre a la expresión *abrir la Escritura*, pero no es lo único que Jesús *abre* en el Nuevo

⁸ Se trata de una adaptación cinematográfica de la novela del mismo nombre de Penelope Fitzgerald. Se estrenó en 2017.

Testamento. Entre los pocos términos arameos que siembran los evangelios topamos con uno en Marcos que reclama nuestra atención:

«Le presentan un sordo que, además, hablaba con dificultad, y le ruegan imponga la mano sobre él. Él, apartándole de la gente, a solas, le metió sus dedos en los oídos y con su saliva le tocó la lengua. Y, levantando los ojos al cielo, dio un gemido, y le dijo: “Effatá”, que quiere decir: “¡Ábrete!” Se abrieron sus oídos y, al instante, se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente» (Mc 7,32-35).

Únicamente en esta ocasión aparece este imperativo en la lengua del Galileo: *Effatá*. Aquel que tras la resurrección será “digno de tomar el libro y abrir sus sellos” (Ap 5,9) ya había mandado abrir los oídos sellados de un sordo en el que todos nosotros nos podemos sentir reflejados. Y es que no es difícil que nos sintamos un poco *sordos y torpes para hablar* en lo que implica el trabajo evangelizador.

Como todas las llamadas de Dios, también la invitación pastoral nos desborda y supera con mucho nuestras capacidades personales. No es difícil prestar más atención a esa *insensatez y lentitud de corazón* que se les reprochaba a los discípulos de Emaús y que también descubrimos en nosotros, que a la acción de un Señor que se empeña en contar con nuestra frágil realidad y convertirnos en mediadores para otros de un encuentro vital con la Palabra. Pero, del mismo modo que Jesús *abre* la Escritura, también nos *abre* el oído para poder acogerla en nuestra vida, mientras libera nuestra lengua para hacernos instrumentos de su Buena Noticia.

Somos, sin duda, unos *pobres siervos* que hacemos lo que teníamos que hacer (Lc 17,10), pero a los que se les regala ser testigos de primera de mano de cómo el Señor sigue haciendo *arder el corazón*. Como sordos sanados, se nos invita a *traducir* la Escritura, a desentrañar de bajo sus ropajes literarios la experiencia creyente que sigue siendo elocuente, a reconocer la vivencia que se cuece bajo las historias de quienes nos rodean y a ponerla en diálogo existencial con el relato bíblico. De este modo nos transformamos en cómplices de esa misma acción sanadora de Jesús en otros a los que Él también *abre* los oídos para que se le *abra* la Palabra.